

UNIVERSIDAD TEOLÓGICA DEL CARIBE
ESCUELA GRADUADA
DRA.LUZ M. RIVERA MIRANDA

DISCUSIÓN CRÍTICA #3
SEMANA 5
LA CONTROVERSIA ARRIANA,
EL CONCILIO DE NICEA Y ATANACIO

PRESENTADO AL
DR. CARLOS COLÓN, PH. D

EN CUMPLIMIENTO DE LOS REQUISITOS
DEL CURSO: TH 619.772
HISTORIA DEL PENSAMIENTO CRISTIANO I

POR
DORCAS RIVERA, PSY.D
#4491

SAINT JUST, P. R.
14 -DICIEMBRE- 2025

La *Controversia arriana* y el *Concilio de Nicea* (325 d.C.) representan uno de los momentos más decisivos en la Historia del Pensamiento Cristiano. No se trató simplemente de una disputa terminológica o filosófica, sino de una crisis teológica que obligó a la Iglesia a definir con mayor claridad el núcleo de su fe. Justo L. González subraya que este conflicto marcó un punto de inflexión, pues puso en juego la comprensión cristiana de la persona de Cristo y, de manera inseparable, el significado de la salvación. Desde su perspectiva, la importancia de Nicea radica en que la Iglesia se vio forzada a articular su fe de manera explícita frente a interpretaciones que, aunque bien intencionadas, amenazaban con vaciar el evangelio de su contenido redentor.

González insiste en que la controversia no puede entenderse de forma simplista como una lucha entre ortodoxia y herejía ya claramente delimitadas. Fue, más bien, un proceso complejo en el que coincidieron preocupaciones bíblicas, influencias filosóficas y presiones políticas. En ese proceso, la Iglesia fue afinando su lenguaje teológico para expresar fielmente la fe que había confesado desde sus orígenes.

Arrio, presbítero de Alejandría, enseñaba que el Hijo de Dios no era eterno en el mismo sentido que el Padre. Según su planteamiento, el Logos había sido creado por Dios antes del tiempo y, aunque era superior a toda la creación, no compartía plenamente la esencia divina. Su afirmación de que “hubo un tiempo en que el Hijo no existía” resume el núcleo de su postura.

Justo González ofrece una evaluación matizada de Arrio. Reconoce que su preocupación principal era salvaguardar el monoteísmo y la trascendencia absoluta de Dios Padre. Desde esta perspectiva, Arrio temía que afirmar la eternidad y plena divinidad del Hijo, comprometiera la unicidad divina. Sin embargo, González es crítico al señalar que esta preocupación, aunque comprensible, condujo a una cristología incompatible con la fe y la práctica de la Iglesia

primitiva. La adoración a Cristo y la confesión de Jesús como Señor, formaban parte esencial de la vida cristiana, y una cristología que redujera al Hijo a una criatura exaltada entraba en tensión directa con esta experiencia. Para González, el problema fundamental del arrianismo no es meramente doctrinal, sino profundamente soteriológico. Si Cristo no es verdaderamente Dios, entonces no puede ofrecer una salvación plena. Un ser creado, por más excelso que sea, no puede reconciliar definitivamente a la humanidad con Dios.

En el análisis de González, *Atanasio de Alejandría* se establece como la figura teológica clave de la controversia. Aunque joven en el momento del Concilio de Nicea, Atanasio comprendió con notable claridad que lo que estaba en juego no era un detalle especulativo, sino el corazón mismo del evangelio. Su teología de la encarnación se centra en la convicción de que Dios se hizo verdaderamente humano para que la humanidad pudiera participar de la vida divina. González enfatiza que la defensa de Atanasio del término *homoousios* (“de la misma sustancia”) no respondía a una preferencia filosófica, sino a una necesidad teológica. Solo afirmando que el Hijo comparte plenamente la esencia del Padre se podía preservar la verdad de la encarnación y de la redención. Desde esta perspectiva, Atanasio entendía que negar la plena divinidad del Hijo equivalía a negar la eficacia de la salvación cristiana.

La vida de Atanasio, marcada por exilios y persecuciones, es interpretada por González como un testimonio del costo de la fidelidad doctrinal. Lejos de idealizar su figura, González reconoce que su postura firme, lo colocó en constante conflicto con autoridades eclesiásticas y políticas. Sin embargo, considera que esta perseverancia refleja una profunda responsabilidad pastoral y teológica frente a la fe de la Iglesia.

El *Concilio de Nicea* fue convocado por el emperador Constantino con el propósito de preservar la unidad del imperio. González es crítico al advertir que esta motivación política no

debe ignorarse. Sin embargo, también subraya que, a pesar de estas circunstancias, el concilio produjo una afirmación teológica de enorme trascendencia: la confesión de que el Hijo es “Dios verdadero de Dios verdadero, engendrado, no creado, de la misma sustancia que el Padre”.

González pone especial énfasis en el uso del término *homoousios*, reconociendo que no es una palabra bíblica. No obstante, sostiene que fue necesaria para proteger el sentido bíblico de la fe frente a interpretaciones que, aunque utilizaban lenguaje bíblico, alteraban su significado. En este sentido, Nicea representa para González un ejemplo de cómo la Iglesia puede recurrir a categorías filosóficas sin someterse a ellas, utilizándolas como herramientas al servicio de la revelación.

Al mismo tiempo, González aclara que Nicea no resolvió inmediatamente la controversia. Durante décadas, surgieron fórmulas intermedias y compromisos ambiguos, lo que demuestra que la ortodoxia nicena no se impuso de manera automática. Este prolongado conflicto revela, según González, que la formulación doctrinal es un proceso histórico que exige discernimiento, paciencia y fidelidad.

Desde la evaluación de Justo González, la controversia arriana dejó una huella permanente en la teología cristiana. En primer lugar, estableció la centralidad de la cristología como eje de la reflexión teológica. La pregunta por la identidad de Jesucristo se convirtió en un punto ineludible para la fe cristiana. En segundo lugar, Nicea sentó un precedente decisivo para el papel de los concilios ecuménicos en la vida de la Iglesia. González destaca que, a partir de este momento, la Iglesia asumió de manera explícita la responsabilidad de definir su fe frente a interpretaciones divergentes, no como un ejercicio de poder, sino como una forma de custodiar el evangelio. Finalmente, González subraya la estrecha relación entre teología e historia. La controversia arriana demuestra que las formulaciones doctrinales surgen en contextos concretos,

marcados por tensiones políticas y culturales. Sin embargo, también evidencia que la fe de la Iglesia puede trascender esos condicionamientos y articular confesiones que siguen siendo normativas a lo largo de los siglos.

La postura de Justo González frente a la controversia arriana es claramente crítica y pastoral. Reconoce la sinceridad de muchos de los actores involucrados, especialmente de Arrio y sus seguidores, pero afirma con firmeza que su propuesta teológica resultaba insuficiente para sostener la fe cristiana. Desde su perspectiva, el arrianismo representa un intento de explicar el misterio cristiano con categorías racionales que terminan reduciendo el alcance de la encarnación.

González también es crítico del entrelazamiento entre política y teología en el contexto de Nicea. Advierte sobre el peligro de confundir la unidad imperial con la verdad doctrinal, aunque reconoce que, aun en medio de estas tensiones, la Iglesia fue capaz de afirmar una confesión de fe que ha perdurado hasta hoy.

Para González, la lección central de esta controversia es que cualquier cristología que niegue la plena divinidad de Cristo socava inevitablemente la esperanza cristiana. La salvación proclamada por la Iglesia depende de que en Jesucristo Dios mismo haya actuado de manera decisiva en la historia humana.

La controversia arriana, el Concilio de Nicea y la figura de Atanasio constituyen un momento fundacional en la Historia del Pensamiento Cristiano. Según la interpretación de Justo González, estos acontecimientos no solo resolvieron una disputa doctrinal, sino que definieron el corazón de la fe cristiana. La afirmación de la plena divinidad de Cristo aseguró una comprensión coherente de la salvación y estableció un marco teológico que ha guiado a la Iglesia a lo largo de su historia.

La importancia de Nicea radica en que sus decisiones continúan dando forma a la teología cristiana, recordando a la Iglesia que la fidelidad al evangelio exige claridad doctrinal y compromiso, incluso en medio de controversias profundas.

Bibliografía

González, Justo L. *Historia del pensamiento cristiano*. 2.^a ed. Miami:
Editorial Unilit, 2004.